

dato superior conferido por virtud de sus aclamaciones. Después se reprodujeron las tentativas de intrusión bajo distintas formas. Si la Cámara se hubiese mantenido dócil como antes, habría prestado, á falta de otro, el servicio de no dificultar nada; si resueltamente hubiese invadido las atribuciones del poder ejecutivo, habría robustecido la regencia con todo el crédito que había conservado la oposición moderada. Pero para lo uno faltábale la plena confianza y para lo otro la audacia absoluta; de aquí, perpetuas oscilaciones entre una independencia tímida y una obediencia sin fe. Y esta situación debía prolongarse hasta el día en que los acontecimientos, más fuertes que todas las combinaciones de detalle, pusieran de acuerdo, humillándolos bajo el peso de la misma impotencia, á la regencia, al Cuerpo legislativo y á cuanto quedaba del Imperio.

En medio de esta relajación de todas las energías, el estado de los ánimos añadía á la confusión universal un aumento singular de perturbación y de dificultades.

No hay pluma capaz de describir aquel mes terrible. Las noticias eran esperadas con ansia febril, y el pueblo, necesitado de ídolos como todos los pueblos desgraciados, se había forjado uno, «el glorioso Bazaine,» y se esforzaba para convencerse de que éste repararía los reveses de Wissemburgo, de Froeschwiller y de Forbach. En esta espera angustiosa transcurrieron los días medios del mes de agosto, y entonces fué cuando circularon las grandes fábulas, tales como las que suponían á los coraceros blancos acuchillados hasta el último soldado y á los prusianos exterminados en las canteras de Jaumont. Y tornándose las leyendas en melodramas, hablábase también de príncipes prusianos muertos, y cuyos ataúdes, cubiertos de paños bordados en plata, habían sido vistos cuando cruzaban por entre las líneas enemigas. A estas informaciones sensacionales sucedió un largo silencio, como si los que allí lejos combatían estuvieran ya incomunicados con la patria. El 21 de agosto el *Journal Officiel* confesó que los alambres telegráficos estaban rotos y que desde hacía dos días no se recibían noticias de Metz, añadiendo que sin duda el plan de Bazaine no había dado aún resultados. Ante esta confesión, los que ya estaban inquietos sintieronse completamente abatidos. En el entretanto, Trochu se había instalado en el Louvre, y el pueblo parisiense, que á toda costa quería un salvador, le hizo también su ídolo. El enemigo se aproximaba; la compañía del Este había limitado su servicio el día 14 hasta Commercy y el 16 hasta Bar-le-Duc, y los periódicos señalaban día por día los progresos de la invasión denunciando la presencia de los prusianos en Saint-Dizier y en Wassy y luego en la región de Chalóns. El 23 los trenes no pasaron de Epernay; el 25 se prolongaron hasta Chalóns; el 26 quedaron de nuevo interrumpidos y el 27 reanudaron su servicio (1). Cuando se presentaba en público el ministro de la Guerra, inmediatamente todas las miradas se fijaban en su rostro para ver si reflejaba confianza ó alarma, y él, con un acento impropio, pues queriendo aparentar calma resultaba fanfarrón, recitaba con estudiada negligencia

(1) Jacquín, director de los ferrocarriles del Este, *Les chemins de fer pendant la guerre de 1870*, págs. 153-154.

fragmentos de despachos, decía pocas palabras, parecía reservarse muchas y al fin se encerraba en una especie de presuntuoso silencio que tomaba un carácter de discreción estratégica. Pero cuando los espíritus se habían reanimado un poco, venían recortes de periódicos procedentes de Bruselas ó de Londres que presentaban á Bazaine sitiado, Estrasburgo bloqueada y á los prusianos en el corazón de la patria. Las gentes se acostumbraban paulatinamente á la idea del sitio, sin grandes esfuerzos y sin gran temor, porque la inquietud desaparecía en la inmensidad del asombro. Pero Mac-Mahón se encontraba en Champaña con su ejército y este nombre infundía alientos y esperanzas, pues ¿qué no podría hacer, ora retirándose á París, en donde encontraría á Trochu, ora avanzando hacia Metz, en donde se juntaría con Bazaine?

Como la inquietud no permitía el reposo, toda la vida se desbordaba en las calles y el tiempo se consumía en un movimiento continuo que con la actividad física disimulaba la angustia de la espera. Las alcaldías veíanse sitiadas por gentes que pedían armas, y á los ministerios y al palacio del gobernador afluían los diputados que daban consejos, los periodistas que iban en busca de noticias y los padres y las madres inquietos por sus hijos, después de los cuales venían todos los que acechaban una ocasión de realizar algún negocio ó de lograr algún provecho. Los inventores desfilaron sin cesar por los centros oficiales: unos proponían bombas explosivas ó asfixiantes; otros corazas de un modelo inédito; éste había encontrado el secreto del fuego griego; aquél se ofrecía á dirigir globos aerostáticos. Los valores de la Bolsa habían perdido poco á poco todo lo que podían perder, y si de cuando en cuando experimentaban un alza á consecuencia de rumores de alguna buena noticia, no tardaban en bajar de nuevo. En las antecámaras se introducían solicitantes de acento extranjero y aspecto un tanto sospechoso: eran los que buscaban contratos para el suministro de armas, víveres ó municiones; y como faltaba tiempo para discutir sobre los precios y para asegurarse de la moralidad de los contratistas, se cometían errores que más adelante se habían de poner de manifiesto con una severidad que no siempre tendría en cuenta los obstáculos. En la ciudad se notaba un vaivén continuo, producido por los que partían huyendo del sitio y por los que llegaban para fortificar la defensa. Todas las estaciones ferroviarias vomitaban soldados aislados, alistados voluntarios, franco-tiradores y sanitarios; y los ojos, acostumbrados á los uniformes elegantes hechos tanto para coquetear como para combatir, contemplaban con pasmada sorpresa los sayos rudimentarios, los zapatos grandes, las prendas de uniforme echadas sobre unas ropas de paisano. Los que no habían podido proporcionarse otra cosa indicaban siquiera con el kepís su nuevo estado. Los caminos que conducían á los fuertes, antes desiertos ó ignorados, se animaban, y la gente aprendía los nombres de obras de fortificación junto á las cuales había pasado hasta entonces sin mirarla siquiera. ¿Quién había de decir que un día pudieran servir de algo? El espectáculo de la gran ciudad que se transformaba era un espectáculo inaudito que nadie hubiera podido imaginarse nunca y que no se había de reproducir jamás. El Campo de Marte ofrecía

el aspecto de un campamento; por la parte de Grenelle se extendía un parque de mulos; en las inmediaciones de la capital caían corpulentos árboles derribados á hachazos, y allí donde hacía poco se alzaba un cortinaje de verdura alzábanse empalizadas de puntiagudas estacas. Al través del Bosque de Boloña veíanse vagar, desorientados y hoscos, algunos bueyes blancos, y la curiosidad movía á las gentes á dar largos paseos, en los cuales el deseo de distraerse se mezclaba con la ansiedad y los ojos se penetraban de todas esas imágenes. Sin embargo, si los pensamientos se detenían en París, era para desde aquí volar al teatro de la guerra, y todo el mundo habría querido precipitar la marcha de las horas y salvar las distancias. ¿A quién había que creer, á Trochu, que en el Louvre no se recataba de publicar las malas noticias, ó á Palikao, que con palabras incoherentes y oscuras parecía presagiar aún el éxito?

Nada trastorna tanto la naturaleza como los choques de la consternación y de la esperanza. La excesiva excitación nerviosa hacía que no se vieran las cosas tales como realmente eran, y los espíritus, á la vez tensos hasta romperse y debilitados, flotaban á merced de la credulidad y de la pasión. La guerra había sido precipitada al modo de un desatino y continuaba teniendo algo de la exaltación de la cual había surgido; lo que la vanidad se negaba á explicar por causas naturales tomaba el aspecto de maleficio, y las gentes, instintivamente y algo al azar, aspiraban á precipitar á alguien, á romper alguna cosa para que la suerte cambiara, en la creencia de que las víctimas se llevarían consigo la fortuna adversa. La misma candidez sobreexcitada que creía en sortilegios acogía los rumores de traición, y á dar crédito á lo que se decía en los discursos populares, Leboeuf, Frossard y Faily habían sido unos traidores; el único contra quien no se lanzaba esta acusación era Bazaine. Al mismo tiempo arraigaba en la opinión pública otra idea, la de un espionaje universal: todo el mundo soñaba con espías, y espías se veían en todas partes; espía era todo el que hablaba un idioma extranjero, aunque fuese el inglés ó el español; espía el primero á quien por la calle denunciara como tal cualquier granuja bromista; espía el provinciano que miraba un plano ó se extraviaba lejos de su fonda; espía aquel cuyo nombre tenía una desinencia germánica. La necedad que de todo sospechaba trataba de reparar aquella otra necedad que en otro tiempo no sólo lo había enseñado todo, sino que aun se había anticipado á todas las curiosidades. Y la verdad es que, durante el mes de agosto, los periódicos judiciales sólo mencionan, á lo menos en París, un proceso de espionaje: un alemán llamado Harth (con este nombre fué por lo menos identificado) fué detenido, sometido á un consejo de guerra, condenado á muerte y fusilado.

Este desasosiego, hijo de la humillación, de la turbación y de la cólera, habíase propagado á las provincias. También en ellas creíase la gente rodeada de enemigos, habiendo sido allí detenidos como espías un día un anciano maestro que miraba un poste kilométrico, otro un pescador de caña á quien un guardia había denunciado, otro un excursionista que leía un libro inglés y finalmente gran número de sacerdotes y de monjas. Nada hay tan violento como el miedo; así es que aquellos á quienes dominaba un temor excesivo

buscaban instintivamente culpables: un diputado de la oposición, el Sr. de Estournel, que había regresado á su departamento, fué amenazado y atropellado, por ser, según decían, de los que habían obligado al emperador á declarar la guerra después de haberla hecho imposible con la no aprobación de los créditos; en el Mediodía se acusó á los protestantes de ser cómplices del enemigo; y en otras partes se presenciaron accesos de cólera irreflexivos, brutales, ciegos, que desconciertan toda lógica. En una porción del Sudoeste hubo tentativas de *jaquería*, una explosión de *bonapartismo revolucionario*: una increíble calumnia designó al clamor público á los nobles y á los sacerdotes, de quienes se decía que eran responsables de las derrotas, afirmandose que un legitimista que había vendido dos granjas lo había hecho para entregar su importe á los prusianos, y que un orleanista guardaba en su castillo millones para el enemigo (1). En Limoges fué saqueada una tienda de armero (2); en Périgueux lo fué el gran seminario (3), y en Agen una turba asaltó el convento de los Carmelitas. La envidia explotó el rumor de que los ricos se librarían del servicio de las armas, y las pasiones seguían su camino bajo la doble protección de la ignorancia y del odio. El 16 de agosto, en la feria de Haute-Faye, en la Dordoña, un joven, el Sr. de Moneis, vióse atacado por un grupo de unos cuarenta energúmenos que le golpearon brutalmente y le martirizaron durante tres horas; la debilidad del alcalde y la timidez de las personas pacíficas dejaron en completa libertad de acción á aquellos furiosos. «Es un prusiano, decían unos, y es menester asarlo.» «Ya no hay leyes, gritaban otros, y ahora se puede matar á un noble lo mismo que un pollo.» Y aunque parezca mentira, había quienes añadían: «El gobierno nos dará un premio.» Al fin el infeliz fué arrastrado hasta una laguna desecada, cubierto de leña y quemado vivo. ¿Y cuál era el crimen del Sr. de Moneis? Ser legitimista y haber gritado un primo suyo, según decían: «¡Abajo el emperador (4)!»

III

A las preocupaciones de la guerra y del gobierno interior se añadía la de conservar en el exterior las pocas amistades que no nos habían abandonado.

Al llegar á este asunto hemos de retroceder algo, decir qué combinaciones se habían imaginado al principio de la lucha y señalar la dura condición á que nos habían reducido nuestros reveses.

En los primeros días de las hostilidades, el conde de Beust había concebido el proyecto de un documento secreto de inteligencia entre Austria-Hungría é Italia, en el cual ambas potencias estipularían la neutralidad armada; y una vez terminados sus preparativos, concertarían todos sus actos ulteriores, convirtiéndose, ó pudiendo á lo menos convertirse, la alianza en una cooperación efectiva en provecho de Francia.

Esta proposición era simplemente consecuencia de

(1) Véase *Le Temps* de 24 de agosto de 1870.

(2) Véase *Le Courrier du Centre* de 11 y 12 de agosto de 1870.

(3) Véase *Le Périgord* de 10 de agosto de 1870.

(4) Tribunal de assises de la Dordoña, sesión extraordinaria, audiencia de 13 de diciembre de 1870 y días siguientes.

negociaciones confidenciales entabladas el año anterior entre París, Florencia y Viena, negociaciones que no habían quedado rotas, sino suspendidas (1). El gobierno de las Tullerías (2) manifestó su gratitud, pero expresando al mismo tiempo el temor de que la lentitud del socorro lo hiciera tal vez ineficaz. El Austria se había anticipado á prevenir esta objeción; en efecto, en 24 de julio escribía el Sr. de Metternich al Sr. de Gramont: «Sería exigir de nosotros un imposible pedirnos que entráramos en campaña antes de primeros de septiembre;» y añadía con cierto tono de reproche: «Esto es una consecuencia de la sorpresa.» En aquella estipulación de plazos era fácil señalar lo que había de sinceridad y lo que había de cálculo. Cogida de improviso, como todo el mundo, el Austria no estaba preparada y cierta contemporización había de ser mera prudencia; pero con estas preocupaciones legítimas mezclábase la segunda intención de esperar lo que decidirían las primeras batallas. Además, sospechábase ya, y no había de tardarse en salir de toda duda sobre el particular, que la intervención del emperador Francisco José en la guerra traería consigo la entrada en escena del emperador Alejandro; ahora bien, cuanto más se tardase, tanto más la estación, caminando hacia el invierno, haría difícil la intervención de Rusia.

A fines de julio, las proposiciones austriacas se consignaron en un proyecto que llevaron el 2 de agosto á Metz el Sr. Vimercati, y el 1.º de agosto á Florencia el Sr. de Vitzthum. Napoleón III, que no había sufrido ninguna derrota, hallábase todavía en una situación demasiado próspera para acoger con gran entusiasmo la perspectiva de un socorro lejano y el testimonio de una amistad prudente en exceso; por eso sus manifestaciones de agradecimiento fueron mezcladas con ciertas reservas. Hubiera querido apresurar el auxilio y en este sentido propuso, según se asegura, substituir en el proyecto la frase «así que se pueda» por la palabra «inmediatamente» (3). Además, uno de los artículos del convenio, puesto á instancias del gabinete italiano, disponía que Austria influiría cerca de Francia para que la evacuación de Roma fuese no sólo inmediata, sino seguida «de una solución conforme á los deseos y á los intereses de Italia» (4). Ante esta exigencia el emperador protestó: era demasiado perspicaz para conservar muchas ilusiones respecto del poder temporal, y por otra parte precisamente entonces las últimas tropas francesas evacuaban Civitavecchia, con lo cual en lo sucesivo el tratado de 15 de septiembre quedaría á merced de la buena fe de Italia; pero si Francia, atenta á su propia salvación, podía, en rigor, no ver la violación del tratado, su dignidad le impedía destruirlo con sus propias manos. Así pensaban no solamente el soberano, sino también sus ministros: Gramont se indignaba ante tal sugestión y decía: «Nos es imposible hacer nada en favor de Roma,» y añadía en forma casi brutal: «Si Italia no quiere moverse, que se esté quieta» (5). Emilio

(1) Véase el libro XXXIX, cap. IV.

(2) Telegrama del Sr. Vimercati al rey Víctor Manuel (*Ricordi diplomatici*, pág. 15).

(3) Véase Bonfadini, *Vita di Francesco Aresé*, págs. 359-360.

(4) Nigra, *Ricordi diplomatici*, pág. 15.

(5) Telegrama del duque de Gramont al príncipe de La Tour de Auvergne (*Le prince, les alliances de l'Empire*, «Revue des Deux Mondes», 1.º de abril de 1878, pág. 497).

Ollivier, por su parte, escribía al emperador: «Vuestra Majestad sabe que no soy partidario del poder temporal del papa..., pero ninguna alianza vale lo bastante para que por ella se falte al honor» (6). En cambio, el príncipe Napoleón, que estaba al lado de su primo, insistió con su ordinaria vehemencia para que el monarca no dejara escapar una ocasión, quizás la última, de asegurar al país una alianza: «Adheríos al proyecto, señor, le decía; si sois vencido, el tratado será para vos un medio de mejorar vuestra condición.» Mas el emperador no se dejó convencer y el 3 de agosto escribió á Gramont: «A pesar de lo que propone X*** y á pesar de los esfuerzos de Napoleón, no cedo en lo tocante á Roma» (7).

¿El completo abandono del papa habría asegurado realmente la ayuda de Italia? Así se ha afirmado (8), pero de una manera algo sospechosa; porque en esta afirmación se ve demasiado el deseo de atribuir nuestros fracasos á nuestra política religiosa. Es muy dudoso que Francia, aun condescendiendo hasta la vileza, hubiese obtenido el premio de su debilidad. ¿Estaba el Austria bien resuelta á llevar la alianza hasta la guerra? En Italia, sólo á medias se creía en esta gran abnegación y se opinaba que lo que principalmente quería hacer aquella nación era «aparentar que hacía algo» (9). Y aun en la misma Florencia, lejos de haber un criterio fijo, existían grandes perplejidades, y mientras el Sr. Vimercati escuchaba en Metz las objeciones de Napoleón, el Sr. de Vitzthum encontraba parecidos obstáculos á orillas del Arno. También allí se pedían cambios de redacción, y si hemos de dar crédito al caballero Nigra (10), hasta se formuló un contraproyecto. Faltaban tropas para la guerra porque la extrema penuria financiera había hecho reducir más de lo que permitía la prudencia los efectivos que estaban sobre las armas, y aunque se habían votado últimamente créditos para el ejército y la marina y se iba á llamar á los reclutas de dos reemplazos, habría de transcurrir algún tiempo antes de que se llenaran los cuadros. Además, estos cuerpos disponibles ¿se emplearían en servicio de Francia? ¿No vencería la tentación de conservarlos en las fronteras del Estado como vigilantes dispuestos á convertirse en invasores? El rey y con él los militares deseaban lealmente ayudarnos, y el ministro de Negocios extranjeros, Sr. Visconti-Venosta, era de la misma opinión, aun cuando en sus conversaciones con los diplomáticos hablara sobre todo del deber de observar la neutralidad y de localizar la guerra (11); en cambio, en el consejo, el Sr. Sella, ministro de Hacienda y persona muy influyente, abogaba por la abstención, haciendo observar que las negociaciones de 1869 no habían creado ninguna obligación positiva, y mostrándose partidario de contemporizar hasta ver el sesgo definitivo que toma-

(6) Ollivier, *L'Eglise et l'Etat au concile du Vatican*, tomo II, página 474.

(7) Príncipe Napoleón, *Les alliances de l'Empire*.

(8) Cámara de los diputados, sesión del 24 de noviembre de 1876, discurso del príncipe Napoleón.

(9) Carta del Sr. Visconti-Venosta al Sr. Aresé, 7 de agosto de 1870 (Bonfadini, *Vita di Francesco Aresé*, pág. 361).

(10) *Ricordi diplomatici*, pág. 16.

(11) Despacho de sir A. Paget al conde Granville, 1.º de agosto de 1870 (*Further correspondence respecting the war between France and Germany*, pág. 1).

ban los acontecimientos. El público se asustaba de la magna aventura y consideraba que Mentana había hecho olvidar Solferino, y en este sentido se formulaban los más apremiantes consejos. Una consideración muy grave enfriaba el interés que por nosotros pudiera sentirse en Italia, á saber, el temor de lo que haría Rusia. El conde Okuneff, encargado de negocios del zar en París, decía al Sr. Nigra: «Si Austria abandona la neutralidad, también la abandonaremos nosotros;» y análogos informes enviaban los representantes del rey en San Petersburgo y en Berlín (1).

¿Qué prevalecería, la voz del interés personal ó la de la gratitud? Las negociaciones se llevaban con gran lentitud, á causa sin duda de las dilaciones de Napoleón, pero á causa también de las perplejidades del gabinete de Florencia. La misma Austria ¿estaba bien resuelta? En esto, tívose noticia de las dos grandes batallas del 6 de agosto: la derrota de Freschwiller abría el camino de la Alsacia; la de Forbach, el de la Lorena.

IV

Una vez invadida Francia, ¿qué harían nuestros dos casi aliados?

El Austria, poco dada á los sentimentalismos, resolvió inmediatamente sernos infiel. Para separarse de nosotros tendría sobradas excusas, pudiendo alegar que en cuanto al pasado nada nos debía; que si bien se había discutido todo, nada absolutamente se había acordado; y que nuestras derrotas eran de aquellas que hacen caducar aun los compromisos firmados. Aquel Estado realizó su evolución con una prontitud que no era habitual en él, y como lo que ante todo convenía era borrar las huellas de antiguas complacencias, el señor de Beust tuvo buen cuidado de hacer público en Londres que se hallaba libre de todo compromiso, y al mismo día siguiente de Freschwiller dirigió al conde Chotek, su embajador cerca del zar, un despacho amistosísimo para Rusia, en el que ponderaba la importancia de un «cambio continuo de ideas con el gabinete de San Petersburgo» (2). Por una feliz coincidencia las protestas del Sr. de Beust se hallaban de antemano confirmadas por el propio lenguaje del gobierno francés; en efecto, el día antes, el Sr. de Gramont había dicho al conde Okuneff: «No tenemos ningún tratado con Austria; esta potencia sólo se inspira en sus intereses y no se apartará ni un ápice de esta línea de conducta» (3). De este modo, la misma Francia salía fiadora de la sinceridad austriaca. En Viena circuló el rumor de que el gobierno del emperador Francisco José había rechazado las proposiciones recibidas de París y se añadía que se proseguían los preparativos de guerra, pero sólo á título de precaución y para la defensiva. El Sr. de Beust, para consolarse de su apartamiento, enumeraba para sus adentros á todos aquellos á quienes su abstención satisfaría: con ella colmaría los deseos de

(1) Telegrama del Sr. Nigra al Sr. Visconti-Venosta, 6 de agosto (Nigra, *Ricordi diplomatici*, pág. 17).

(2) Despacho del Sr. de Beust al conde Chotek, 7 de agosto de 1870.

(3) Despacho del Sr. de Gramont al general Fleury, 6 de agosto de 1870.

los húngaros, indiferentes á la lucha y por añadidura á muchos alemanes que se inclinaban á Prusia. Y después de haberse justificado á sus propios ojos y á los de su país, el jefe del gabinete de Viena dedicóse á destruir todo lo que había comenzado; en lo sucesivo, su buena voluntad para con Francia no iría más allá de un deseo de mediación.

El recuerdo de los pasados favores creaba á Italia una situación más compleja. «¡Pobre emperador!» exclamó Víctor Manuel al enterarse de las derrotas; pero, después de este primer impulso de compasión, tuvo otro de alegría ante la idea de la seguridad propia, y pensando en el convenio no rubricado, añadió soltando un voto: «Lo mismo da; de buena me he librado.» Sin embargo, no se hallaba tan libre de dificultades como se complacía en imaginar, pues Francia, que desesperaba de atraerse al Austria, no había renunciado del todo á la ayuda de Italia.

El 7 de agosto, el Sr. de Gramont, que aún desempeñaba su ministerio, encargó al Sr. de Malaret, representante del emperador en Florencia, que «sondeara al gobierno del rey.» ¿Estaría dispuesto éste á enviar 60.000 hombres en auxilio de Francia? Como no podía contarse ya con Austria, ese cuerpo de ejército seguiría el camino del Monte Cenis. El mismo día el ministro vió al Sr. Nigra, y tan reservado ahora como imperioso se había mostrado antes, explicó que la petición era puramente oficiosa, añadiendo casi con timidez: «El emperador no os guardará rencor si no le socorréis.» El Sr. Nigra telegrafió á su gobierno esta entrevista, y no atreviéndose á dar un consejo, amigo como era de Francia, pero amigo consternado, limitóse á esta simple frase: «Conocéis mis sentimientos y la situación. Juzgad libre y maduramente.» En una frase del despacho indicábase, sin embargo, la magnitud de los reveses: haciéndose eco de un rumor que en aquel momento era cierto, pero que no lo sería algunas horas más tarde, escribía el Sr. Nigra al Sr. Visconti-Venosta: «El cuartel general francés se retira á Chalons» (4).

Profunda fué la emoción que tales nuevas produjeron en el palacio Pitti. No se discutía la gran deuda contraída en otro tiempo: negarla habría sido negar la historia. Víctor Manuel, que había dejado escapar aquel grito: «De buena me he librado,» sentíase impulsado por su corazón y por sus recuerdos hacia aquel á quien llamaba «el pobre Napoleón;» y la petición, discreta, insinuada más bien que formulada, reavivaba tanto más los antiguos favores cuanto que tenía la delicadeza de no recordarlos. ¿No podría intentarse algo? El rey consultó á los que de mayor autoridad gozaban en el ejército, y el parecer general fué que, aun en las hipótesis más favorables, se necesitaba un mes para reunir 100.000 hombres, y Cialdini aun dudaba de que este plazo fuera suficiente. «Como soldado, dijo La Marmora, estoy pronto á mandar una compañía; como general y hombre de Estado declaro que nada puede hacerse en favor de Francia.» Víctor Manuel se dejaba convencer de mala gana. El Sr. Sella, que conocía á fondo la Alemania y se había formado perfectamente cargo de sus inmensos recursos, defendió calurosamente la absten-

(4) Nigra, *Ricordi diplomatici*, pág. 19.—Véase también *La vita e i tempi*, de Giovanni Lanza, tomo I, págs. 509, 510.

ción, y así como en los días anteriores se le habían opuesto algunas objeciones, esta vez sus palabras fueron escuchadas en silencio. Por unanimidad se consideró que la intervención sería un suicidio para Italia sin ningún provecho para Francia, y el 8 de agosto el señor Visconti-Venosta telegrafió á París la triste respuesta: «A pesar de toda nuestra buena voluntad, no estamos en condiciones de prestar á Francia un concurso útil.» Y como para dulcificar aquella negativa, añadía: «El mismo Malaret parece hacerse cargo de nuestra abstención (1).»

Francia podía insistir, y en tal caso ¿cómo evitar á la vez la censura de la ingratitud y el peligro de arriesgarlo todo? En esto se patentizó la travesura de Italia. Si el gobierno de Florencia, mediante un compromiso internacional, podía encadenar sus futuras resoluciones enlazándolas con las de Europa, esta oportuna enajenación de su libertad le precavería contra los impulsos del agradecimiento, y á los que le recordaran antiguos favores les podría contestar con los recientes acuerdos que le impedían decidirse por sí solo, pagando de esta manera la antigua deuda muy cómodamente, es decir, con protestas amistosas y con manifestaciones de profundo pesar. La combinación era ingeniosa, y aunque indudablemente pecaba de egoísta, podía excusarse con la inmensidad del peligro que entrañaba el acudir en nuestra ayuda; pero era menester encarnar la idea en una fórmula y de ello se encargó Inglaterra.

En Londres habíanse intentado los más prudentes y laudables esfuerzos en pro de la paz, y al estallar la guerra el gobierno y el público habían hecho recaer sobre Francia la responsabilidad de la ruptura. Los ministros estaban desechados por haber fracasado sus consejos de contemporalización, y los que sólo miraban la superficie de las cosas nos habían juzgado provocadores; por otra parte, se había despertado la envidia nacional temerosa de nuestra victoria, y la revelación del esbozo del tratado belga, hecha por Bismarck, había aumentado la malevolencia. Ya no era jefe de *Foreign-Office* lord Clarendón, aquel perspicaz amigo de Francia; su sucesor, el conde Granville, era un personaje de espíritu sagaz, de clara inteligencia, que no tenía ninguna prevención contra nosotros, pero á quien preocupaba una crisis que imputaba á nuestra precipitación temeraria y que quería ante todo evitar á su país toda clase de complicaciones. Inquieto, ó aparentando estarlo, por la monarquía del rey Leopoldo, había pedido que se reconociera nuevamente la neutralidad belga, mediante una especie de «novación diplomática.» En esto, se había tenido noticia de nuestros desastres que habían causado una mezcla de alegría y de compasión, y el conde Granville, en vista de ello, habíase afirmado en su resolución de no comprometerse. Estas disposiciones se acentuaban con los sentimientos de la familia real, unida por tantos vínculos á la dinastía prusiana. Y aquella frialdad, propagándose por contagio hasta el continente, había de entibiar á nuestros más apasionados amigos y enfriar por completo á los que no lo eran tanto. El Sr. de Bernstorff, embajador de Prusia en Londres, que siempre había sido hostil á Francia, no

(1) Nigra, *Ricordi diplomatici*, pág. 19.—*La vita e i tempi*, de Giovanni Lanza, tomo I, págs. 509-510.

omitía medio alguno para ganar en intimidad lo que nosotros perdíamos en favor: en sus relaciones con el gobierno de la reina mostraba un gran abandono, como suele hacerse con amigos probados de quienes no se temen traiciones ni cálculos cautelosos; sometía todas sus dudas, todas sus alarmas á lord Granville, y el *Foreign-Office* había llegado á ser para él una especie de oficina de informaciones adonde acudía á enterarse de las amistades que conservaba Francia. ¿Iba Italia á poner un cuerpo de ejército al servicio de Napoleón? ¿Preparábase Austria á aliarse con Francia y, mientras esperaba una cooperación más eficaz, se disponía á armar la Galizia? ¿Era cierto que se negociaba un tratado entre Austria, Francia, Italia y Turquía? Granville procuraba tranquilizar al Sr. de Bernstorff sobre todos estos puntos y de cada entrevista salía el diplomático prusiano más convencido de nuestro aislamiento. Sólo respecto de un tema sufría una ligera alteración la cordialidad de aquellas conferencias. El comercio británico había cerrado con el gobierno francés multitud de contratos para el suministro de armas, equipos y municiones, lo cual originaba grandes quejas por parte de Prusia que pretendía que aquellas transacciones eran atentatorias á la neutralidad. El conde Granville rechazaba tal pretensión con suma energía, pues en ella iba la prosperidad de la industria y del comercio nacionales, y la Gran Bretaña, más sensible á la ganancia que á la política, estaba firmemente resuelta á explotar hasta lo último los beneficios mercantiles que le ofrecía la guerra.

Inglaterra, enfriada y casi hostil á Francia, había de ser la confidente natural de todos aquellos que, molestados por antiguos recuerdos que se hacían insostenibles, deseaban esquivar la deuda sin dejar de aparentar que no la negaban; así es que después de los prusianos acercáronse al *Foreign-Office*, como si fuera un confesor, los italianos, quienes acudieron allí á exponer, en el tono de la confianza más íntima, su caso de conciencia. Hallábanse en la cruel necesidad de ser ingratos y buscaban una receta para serlo sin que su conducta apareciera demasiado reprochable, é Inglaterra, que habiendo olvidado Inkermann no podía escandalizarse de que otro olvidara Solferino, y que tenía tanta experiencia política como Italia travesura, encontró en el acto el expediente que no sólo permitiría la inacción, sino que la haría obligatoria. Así nació la combinación que muy pronto debía denominarse la *liga de los neutrales*.

El convenio no había de ser consagrado por un tratado, ni siquiera por un protocolo, ni fijaría de un modo absoluto una estipulación de neutralidad para toda la guerra; sino que consistiría simplemente en un cambio de cartas por las cuales las potencias no englobadas en la lucha se comprometerían á no abandonar la neutralidad hasta después de haberse comunicado sus pensamientos y de haberse avisado recíprocamente su cambio de política. El objeto aparente de aquel acuerdo sería estrechar la unión entre los Estados europeos; pero el objeto real era armar á Italia contra toda presión ulterior de Francia, de suerte que si ésta formulaba sus peticiones nuevamente, encontrarán los consejeros del rey su seguridad en sus propias obligaciones, teniendo no ya el derecho, sino el deber de decir que se hallaban ligados. La *liga de los neutrales* les guardaría contra las tentativas del agradecimiento, de la misma ma-

nera que en el matrimonio el régimen dotal defiende á la esposa contra sus propios arrebatos.

La combinación se divulgó muy pronto y el gobierno francés tuvo noticia de ella por una comunicación del príncipe Gortschakoff al encargado de Rusia en París. El 16 de agosto, el Sr. de la Valette, nuestro embajador en Londres, interrogó á lord Granville: ¿era exacta la noticia?, ¿de qué índole era el compromiso?, ¿estaba ya firmado?, ¿existía el propósito de hacerlo general? El jefe del *Foreign-Office* replicó: «Como los beligerantes no me han dado cuenta de las proposiciones por ellos hechas á las potencias neutrales, podría yo, á mi vez, abstenerme de contestar; sin embargo, amistosamente, oficiosamente, puedo decir cómo ha surgido el proyecto.» Y siguió diciendo el hombre de Estado inglés: «Desde que se inició el conflicto, se ha hablado más de una vez del propósito de llegar á una inteligencia entre las potencias no beligerantes. Nosotros nos hemos opuesto siempre á un tratado, pero no á un cambio de ideas. La semana pasada, el gobierno italiano me confirmó su resolución de mantenerse neutral, á lo que respondí que, aunque opuesto á un tratado formal, estaba dispuesto á que Italia y la Gran Bretaña se dieran recíprocamente la seguridad de que ninguno de los dos Estados abandonaría su actual situación sin previo y recíproco aviso del cambio de actitud... Rusia ha aprobado el convenio, y en cuanto á los demás Estados, no he tenido tiempo para hacer ninguna gestión cerca de ellos (1).» El Sr. de la Valette se apresuró á telegrafiar á París lo que acababa de averiguar, y al día siguiente acabó de desarrollarse el proyecto anglo-italiano. En efecto, el 17 de agosto envié á Austria y á los Estados secundarios la invitación para tomar parte en la liga, recibiendo el 19 la contestación austriaca y en los días siguientes las de los demás gabinetes.

V

La *liga de los neutrales* completaba el aislamiento de Francia. Pero las potencias, al unirse, ¿conseguirían, á lo menos, una mayor autoridad que emplearían en pro de la paz?

Austria habría deseado esta acción común, pues en su concepto la *liga de los neutrales* significaba mediación; mas, desgraciadamente, estos deseos tan humanos habían de estrellarse contra las ideas de la Gran Bretaña, muy interesada en limitar el incendio, pero que no consideraba llegado todavía el momento oportuno de extinguirlo, y sobre todo contra las mismas disposiciones de los beligerantes, ansiosos los unos de completar su victoria y los otros de espiar una ocasión que les permitiera tomar el desquite.

En aquel entonces los alemanes se instalaban en las provincias invadidas, más que como huéspedes de paso, como ocupantes que se preparan una residencia duradera. Nombróse para la Alsacia-Lorena un gobernador cuya jurisdicción debía extenderse precisamente á los distritos que más adelante habían de ser arrebatados. El rey Guillermo, al descubrir la magnitud de sus ambiciones, revelaba implícitamente su voluntad de

(1) Véase el despacho del conde Granville á lord Lyons, de 16 de agosto (*Further correspondence respecting the war between France and Germany*, 1871, págs. 11-12).

continuar la lucha, porque Francia, desde el momento en que se le exigían tamaños sacrificios, no cedería hasta haber agotado sus últimos recursos. En Berlín, las recientes victorias habían sobreexcitado el espíritu belicoso (2), y los rusos, confidentes de los prusianos, juzgaban que este estado de ánimo había de hacer de muy dudoso éxito cualquiera tentativa de pacificación. Así hablaba el príncipe Gortschakoff á sir Andrés Buchanam, embajador de Inglaterra; y la Gran Bretaña, tan favorable á la abstención, no dejaría de escudarse en aquel juicio para predicar y practicar la inmovilidad.

También Francia se resistía á entrar en tratos. Una



El conde Granville

dinastía tradicional, fortalecida por una larga posesión, habría podido soportar y hacer aceptar la prueba de los reveses; pero no se hallaba en las mismas condiciones el Imperio, el cual sólo subsistía á condición de triunfar. La humillación de sucumbir á la derrota habría contrastado con la infatuación que había descontentado anticipadamente la victoria. En esta situación embarazosa y cruel nuestros pensamientos se negaban á descender hasta el nivel de nuestros infortunios por la necesidad de sostener un papel y de engañarnos á nosotros mismos. El día 15 de agosto, el boletín del *Journal Officiel* contenía estas líneas: «No hay que pensar ni por un momento en negociaciones pacíficas.» La víspera había llegado de Viena el Sr. de la Tour d'Auvergne, nombrado ministro de Negocios extranjeros, quien, el 16, celebró una entrevista con lord Lyons, embajador de Inglaterra, precisamente cuando por un telegrama del Sr. de la Valette acababa de enterarse de los trabajos que se realizaban para constituir la *liga de los neutrales*. El ministro habló de ésta fríamente, sin objeción, sin disgusto aparente y negó con cierta altanería que la situación de Francia fuese tan comprometida como algunos se complacían en proparar: «Hemos sufrido reveses, dijo, pero podemos repararlos, y mien-

(2) Sobre el estado del espíritu público en Alemania véase la notable obra de M. Sorel, *Histoire diplomatique de la guerre franco-allemande*, tomo I, págs. 270 y siguientes.